

A Fernando Mayoral Dorado, *in memoriam*

Me gustaría comenzar, si me permiten, agradeciendo a la Junta Rectora del CES y en especial a nuestra presidenta, María Jesús Mancho, su invitación para participar hoy aquí en el recuerdo y homenaje a nuestro compañero y amigo Fernando Mayoral Dorado.

A todos ustedes, asistentes, amigos y familiares de Fernando, muchísimas gracias por su presencia.

Fernando Mayoral es un artista imprescindible para entender el arte de los últimos 60 años en Salamanca. Él siempre fue aquí un agente culturalmente muy activo, que jamás perdió sus vínculos personales en nuestra capital, incluso en los largos periodos en los que, por motivos formativos, se estableció en Madrid, Francia o Italia, o ya como profesor, cuando vivió en Galicia o Andalucía.

Conocí a Fernando Mayoral el 3 de octubre de 1988, en el Instituto de Enseñanza Secundaria Torres Villarroel, fecha en la que arrancó nuestra larga amistad, firme hasta su fallecimiento con 92 años, el pasado 14 de junio.

Aquel, soleado, 3 de octubre del 88, tras presentarme ante el director del Centro, Carlos Guillén Tapia, y el jefe de estudios, Manolo Preciado, ambos a la par me presentaron a quienes iban a ser mis dos compañeros de Área, Fernando Mayoral y María Teresa Sarto (también fallecida recientemente, descanse en Paz).

Sin más demora, tras los saludos, Fernando me dijo: «Florencio, ven conmigo que te voy a enseñar nuestras aulas». De inmediato, sentí que se trataba de un ser extraordinario. El tiempo confirmó con creces mi primera impresión. Su figura y forma de ser, cercano, sencillo y generoso, me recordaban continuamente a las de mi padre.

Al salir de la sala de profesores, nos dirigimos hacia unas escaleras que ascendían a la última planta. En ese momento Fernando me susurró: «nuestras aulas están en el palomar, arriba del todo, apartadas; son silenciosas. Aquello es el Paraíso».

Una vez arriba, arranca un largo pasillo desde el que se accede a cada una de las tres aulas: la primera, la que iba a ser la mía; en mitad del pasillo, la de Maite y, justo al final del trayecto, la suya. En ese momento Fernando abrió su aula y lo que sucedió seguidamente, en lo que me respeta mi memoria, jamás lo olvidaré. El aula de Fernando Mayoral era un Templo a la Creatividad. De sus paredes y ventanas pendían infinidad de obras de arte de sus chicos: dibujos, pinturas e impresiones de todo tipo, figurativos, abstractos, surrealistas o geométricos. Pequeñas esculturas de alambre, madera, cartón y otros materiales, así como composiciones con elementos translucidos de colores que convertían al aula en un lugar mágico. Alrededor de la misma había dispuesto unas mesas corridas que estaban repletas de objetos, artefactos, maquetas y esculturas. Un auténtico y sorprendente museo de arte juvenil, presidido por un gran mural -el *Guernica* de Picasso- ¡Qué fascinante y novedoso me resultaba todo!

Evidentemente, me encontraba ante un magnífico Pedagogo del Arte. Me llamó la atención que en su terminología no aparecía la palabra alumno; a ellos se refería como “chicos”. ¡Claro! los pequeños. Fernando, seguidamente, me manifestó: «los chicos son muy creativos, simplemente hay que generar el ambiente en el que se encuentren emocionalmente a gusto y ya está, no necesitan más para desarrollar su creatividad» ¡Qué grandísima su enseñanza!

Fernando Mayoral era un artista íntegro y la enseñanza del arte constituía su gran pasión desconocida. Dado su talante humano, era imposible separar en Fernando: la persona, su labor docente y su creación artística. Además de gran conversador, era un ser leal y honesto, cordial y afable, cercano y natural en el trato, un auténtico amigo que sabías jamás te iba a fallar.

En 1989 recibí un encargo decisivo en su trayectoria: el paso procesional *La Última Cena*, para la Hermandad de la Vera Cruz de Zamora, a través del cual pudo certificar sus extraordinarias capacidades artísticas y logísticas como escultor. Viví intensamente junto a él la emoción y pasión con las que desarrolló, a lo largo de más de un año, la realización de este titánico encargo. Ello me permitió disfrutar de su maestría en el modelado, el expresivo tratamiento de la talla y los definitivos policromados en los que le asistió su gran amigo, y compañero en Bellas Artes, Lorenzo González.

No debemos olvidar que la escultura religiosa ha sido una de las predilectas de Fernando Mayoral y, precisamente en esta obra, *La Última Cena*, va a consolidar su lenguaje clasicista por el que se le va a reconocer en el futuro, basado en un realismo simbólico con una inspiración buscada en el natural.

Esos dos cursos junto él en el Torres Villarroel pude comprobar su despegue como escultor. Una faceta artística, la de la escultura pública, a la que Fernando se consagra magistralmente a partir de ese momento.

Tres años después de conocerle, ya en 1991, comenzó mi etapa como profesor en la Universidad de Salamanca y, nuevamente, allí estaba Fernando Mayoral ¡Qué casualidad! De inmediato, le reconocí en un gran mural que preside el Seminario de mi Área en la Facultad de Educación. En él aparecen los integrantes del Grupo Koiné, una serie de artistas que deseaban para Salamanca un arte vivo y libre, que la conectase con la vanguardia artística europea.

El Grupo Koiné, pese a su corta existencia, de 1955 a 1960, fue esencial para el devenir de la Educación Artística en Salamanca. Sus componentes son determinantes en la renovación de esta Área Educativa aquí, ya que ellos formaron en sus infancias a la mayoría de los artistas que estaban por emerger. Junto a Fernando Mayoral aparecen en la imagen sus amigos: Mariano Sánchez Álvarez del Manzano, Manolo Sánchez Méndez, José Luis Núñez Solé, Ricardo Montero Maldonado y los padres dominicos Armando Suárez y Cocagnac, pertenecientes al Movimiento de Arte Sacro.

Fernando disfrutaba igualmente con sus clases, pintando o con la escultura. Bien es cierto que era prodigioso modelando el barro, su material preferido. Pero cuando pintaba pareciera estar modelando, ya que abordaba el lienzo como una superficie en la que grandes manchas de pintura, fluida, servían de acomodo a su magistral dibujo, siempre especialmente expresivo y alejado de cualquier receta plástica. En este sentido, su gran amigo Gonzalo Torrente Ballester, que le conocía muy bien, escribió sobre él: «¿Es Mayoral un escultor al que le tienta la pintura o un pintor al que la escultura le atrae? Probablemente ni una cosa ni la otra, sino un artista plástico completo, como lo fueron en general ciertos grandes maestros».

El origen de su interés hacia la pintura, la escultura o la enseñanza residía, sencillamente, en su concienzuda formación artística y en su pasión por el arte.

Como ya conocen, Fernando Mayoral nació en la localidad fronteriza cacereña de Valencia de Alcántara, en 1930, y con 17 años se trasladó a Salamanca con toda su familia. Una vez aquí, dado su evidente talento artístico, ese mismo año se matriculó a la vez en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos y en la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, en las que recibiría una formación artística integral en dibujo, pintura y escultura.

Casualmente, en estas mismas fechas se produjeron en Salamanca una serie de hechos significativos para el devenir de la renovación artística local, que fueron determinantes en el futuro de Fernando Mayoral. En primer lugar, la refluotación en 1947 de la decaída Escuela de San Eloy, por parte de la Caja de Ahorros de Salamanca, que mejoró el plantel de profesores. Y, entre ellos, Fernando se quedó fascinado con la didáctica del vallisoletano Mariano Sánchez Álvarez del Manzano, a quien siempre admiró. También, en este mismo contexto, emergió la figura de Miguel Ferrer, quien atrajo a Salamanca lo más granado de la contemporaneidad pictórica española de ese tiempo, artistas tales como Benjamín Palencia, Díaz Caneja, Del Olmo, Amalia Avia, Gregorio Prieto y Menchu Gal, entre otros muchos, con los que Fernando estableció una gran cercanía personal y artística. Además, en 1952 recaló en Salamanca Juan Navarro Cruz para fundar la Galería Artis, con quien Fernando mantuvo una gran amistad, fidelidad y gratitud toda su vida.

Pues bien, Fernando Mayoral, tras su intensa formación artística en Salamanca, estudió en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid, de 1949 a 1954, donde se licenció en Bellas Artes. Allí forjó grandes amistades, entre otros, con Lucio Muñoz, Julio López, Paco Barón, José Luis Coomonte, Carmen Laffont y Antonio López García.

Tras licenciarse en Bellas Artes, viajó a Francia, donde permaneció largas temporadas en París y principalmente en La Bretaña, siguiendo los pasos de Paul Gauguin, por cuya obra pictórica sentía gran atracción. Seguidamente, en 1957, es becado por la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores para estudiar en Italia, donde fue alumno del famoso arquitecto Pier Luigi Nervi. Esos dos años en Italia fueron esenciales en su formación, que consolidó la influencia clasicista en su escultura.

Ya en 1964 opositó a Profesor Agregado de Bachillerato, con su primer destino en Medina del Campo -corría el curso 65-66-, donde conoció a Charo, su mujer y compañera de por vida. Al año siguiente se convierte en catedrático de Instituto y ejerce en Lugo. Posteriormente, desde 1970, en Sevilla, donde nacieron sus tres hijos: Fernando, Gonzalo y Paula. Y finalmente, a partir del 74, en Salamanca, inaugurando el Instituto Torres Villarroel, donde conocerá al ya citado Gonzalo Torrente Ballester. En la biblioteca de este Instituto puede contemplarse su obra pictórica de mayor formato, un magnífico paisaje de Salamanca.

Desde 1988 compatibilizó la docencia en el Instituto con la de profesor Asociado de Escultura en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Salamanca, hasta su jubilación como profesor en 1992. Este es el momento en el que comienza su más fructífera etapa artística, disponiendo como teatro de operaciones su taller en un viejo caserón de la cercana localidad armuñesa de La Vellés. Un espacio luminoso que recuerda, en palabras de su gran amigo, Paco Novelty: «a los antiguos talleres de los artesanos medievales con las herramientas del oficio limpias y dispuestas».

Las tres últimas décadas han sido especialmente plenas para Fernando en reconocimientos, premios y encargos públicos de escultura, tanto civiles como religiosos. En este contexto, a Fernando le sentí muy agradecido cuando Alfonso Fernández Mañueco le entregó, junto a Venancio Blanco y a Agustín Casillas, la Medalla de Oro de la Ciudad, el 11 de junio de 2015 en el Teatro Liceo. También le noté especialmente feliz en el descubrimiento de su escultura a Vicente del Bosque, el 27 de septiembre de 2018. Pero nada comparable a lo reconfortado que se encontraba, poco después, el 22 de diciembre de mismo año, 2018, en la inauguración de la singular exposición junto a su querido hermano Miguel, en el Casino de Salamanca.

Me gustaría recordar también a José Almeida (miembro del CES, fallecido el 3 de enero de 2019), quien contestó con una entrañable intervención a Fernando Mayoral en su Discurso de Ingreso, el 18 de mayo de 2017. En aquel concurrido acto en el Salón de Recepciones del Ayuntamiento, intervinieron, además de Fernando Mayoral y José Almeida, Jesús Málaga y el anfitrión del acto, el alcalde Alfonso Fernández Mañueco, quien comenzó sus palabras así: «Disfrutar de la obra de Fernando Mayoral bien merece un paseo por las calles de Salamanca. Y será también un caminar por episodios de la historia de la ciudad a través de algunos de sus grandes personajes».

En efecto, Fernando Mayoral forma parte de un selecto grupo de artistas que están imbricados en los recorridos por la ciudad. Su aportación está unida para siempre a nuestra historia gracias a su excelente y extenso legado artístico, presente en numerosos lugares, plazas y calles de Salamanca. Además, podemos también disfrutar sus creaciones en infinidad de escenarios de la geografía peninsular, que no desglosaré, ya que todos ustedes seguramente las conozcan.

Bajo mi modesto punto de vista, creo que la gran trayectoria artística de Fernando Mayoral se encuentra enmarcada por dos de sus obras, ambas fruto de momentos vitales muy distantes en el tiempo. El primero le sucedió a Fernando con 7 años en Valencia de Alcántara, en plena Guerra Civil, cuando, tras plasmar la cabeza de Cristo en un pedazo de yeso encontrado, la vio su madre y se quedó tan impresionada que la guardó como oro en paño. Y el último, con 87 años, cuando en 2017 realiza la talla del Cristo de la Humildad para la Hermandad Franciscana de Salamanca, su primer Cristo vivo, al que representa justo en el momento previo a pronunciar la primera palabra.

Personalmente considero que la advocación de la Humildad, que Fernando Mayoral transmite con esta obra, la convierte en su mayor legado. Fernando ha vivido toda su existencia como un “auténtico Franciscano”, un trabajador incansable que ha mostrado siempre su fraternidad, sencillez y humildad.

Me gustaría finalizar con unas palabras de su amigo Tomás Gil Rodrigo, que hago mías. Corresponden al colofón del artículo que le dedicó el 20 de junio pasado, inmediato a su fallecimiento, titulado “A la memoria de Fernando Mayoral, escultor de la Semana Santa de Salamanca”. Dice así: «Quiero dar gracias a Dios por haberle conocido como artista y como persona, pido al Señor que ahora pueda contemplar cara a cara el rostro que tantas veces imaginó, modeló y talló con sus propias manos. A nosotros nos queda la esperanza que nace de lo que nos transmite la belleza de sus obras en las plazas y calles de Salamanca y, sobre todo, en los crucificados de las iglesias de San Martín, de la Sagrada Familia en el barrio del Zurguén y la parroquia de San Pedro Apóstol de Pedroso de Armuña. ¡Gracias Fernando!».

Gracias por su atención.

Florencio Maíllo Cascón